



“La forja de un rebelde”.

Cuatro sesiones con

Mario Arrubla

RAMIRO MONTOYA ECHEVERRY

Uno de los privilegios intelectuales que me ha dado la vida han sido los setenta años de cercanía que tuve con Mario Arrubla. Desde 1950, cuando coincidimos en Medellín en el Liceo de la Universidad de Antioquia, hasta 2020, cuando, desde Madrid, acompañé sus últimos días en Massachusetts.

La cualidad más sobresaliente de su personalidad consistía en que, guiado por su increíble inteligencia, sin estructura académica inicial, se había abierto paso en el mundo de las ideas, en las propuestas de la filosofía, la sociología y la economía, así como en las búsquedas de la literatura y el arte.

Al intentar una memoria sobre su vida, su perfil intelectual y colegas de época, me acojo al título de la novela de Arturo Barea, *La forja de un rebelde*. Por sus orígenes y la dureza de su iniciación en la vida, Arrubla tendía a ser hombre de izquierda, factores que configuraron su manera de ser, de relacionarse con los demás, de abordar sus búsquedas intelectuales, políticas y laborales, actitud que asumió desde un principio y mantuvo hasta el final de sus días.

PRIMERA SESIÓN. MEDELLÍN, 1950-1956

Mario Arrubla Yepes nació en Medellín en 1936 y murió en Amherst, Massachusetts, en Estados Unidos, en 2020, a los 84 años. Su padre, Marco Antonio Arrubla, que se desempeñaba en el comercio, y su madre, Alicia Yepes, ocupada en labores domésticas, constituyeron un hogar con cuatro hijos: Mario, Inés Helena, Rodrigo y Consuelo. Mario contrajo nupcias con la médica psiquiatra Socorro Castro, en 1958, y juntos establecieron una familia con tres hijas: Inés, Sonia y Catalina, y cuatro nietos: Alejandra y Manuela Rojas Arrubla; Julio y Elías Neyens Arrubla.

El núcleo familiar de composición tradicional en el que Mario se formó fue su lugar de acogida y también el origen de múltiples conflictos internos y externos, económicos, sociales, psicológicos y de toda índole. La primera casa familiar estaba en el barrio Lovaina. Sus calles y las adyacentes constituían la zona de

Nació en Betulia, Antioquia. Especialista en derecho del trabajo de la Universidad Libre. Ha publicado cuentos y otros textos en *El Colombiano* y *El Tiempo*, y en las revistas *Crisis*, *La Calle*, *Mito*, *Tercer Mundo* y *Al Margen*. También obras en formato libro, tanto impreso como digital.

tolerancia que albergaba burdeles, cantinas, casas de baile, habitado por las prostitutas que frecuentaban los burgueses de Medellín. La plenitud de las relaciones y de la vida bohemia era nocturna, mientras las relaciones comerciales se desarrollaban en el día.

En época posterior, los burdeles se trasladaron al barrio Antioquia, y en esa nueva ubicación el padre de Mario instaló su vivienda y su tienda, que no estaba directamente vinculada con el negocio prostibulario sino que proveía a las mujeres “públicas” de confecciones y adornos complementarios. Desde la más tierna infancia hasta la edad adulta, Mario debió afrontar el señalamiento: “¡Vives en el barrio Antioquia!”, que implicaba cierto rechazo en una sociedad pacata y con doble moral como la antioqueña de entonces.

Hacia 1950 cuando cursábamos cuarto de bachillerato en el Liceo de la Universidad de Antioquia, donde nos cruzamos por primera vez, se definió un grupo con inquietudes intelectuales, formado por Mario Arrubla, Delimiro Moreno, Estanislao Zuleta y quien esto escribe. Las escapadas de clase para tomar en préstamo libros de la biblioteca, tertuliar en cafés vecinos, y pasar horas cuestionando a los profesores y al sistema de enseñanza, eran nuestra cotidianidad. Estos encuentros amicales tuvieron muchos cambios en los años posteriores: llegaron otros disidentes y entre los primeros se dieron acercamientos y separaciones, pero las siguientes décadas me mantuvieron siempre en una relación con Mario Arrubla, base para este escrito.

En Medellín, en la búsqueda de ambientes populares nos acercamos a Guayaquil, donde funcionaban centenares de cantinas crapulosas, con surtido completo de trago y traganíqueles. Para escuchar un tango en esos sitios había que esperarlo precedido de boleros, rancheras y pasillos ecuatorianos; por eso Guayaquil nos resultó algo decepcionante y nunca nos causó el entusiasmo que produjo a otros de nuestros contemporáneos. En realidad, para nosotros la música era un trasfondo con carácter secundario, pues lo central era el culto a la palabra. Navegábamos en la galaxia Gutenberg: los libros, la página impresa, la letra leída, la poesía, los juegos de palabras.

De todos modos, el impulso para hacernos cultores del tango en un ambiente más genuino lo recibimos de Mario, que nos introdujo a Lovaina y Antioquia, barriadas que le eran familiares y donde conocía los sitios apropiados: las cantinas con los mejores discos y hasta el repertorio de los distintos traganíqueles.

Primera publicación: *Crisis*

En 1956, con Mario y Delimiro Moreno, fundamos el periódico *Crisis*, en el cual Virgilio Vargas figuró como director, por insinuación de Mario. En realidad, eran Delimiro y Mario quienes llevaban el peso de la redacción, la armada y hasta la circulación de las ediciones. En la *manchette* del periódico apareció siempre un comité de redacción en el cual, de un número a otro, había cambios. En las primeras ediciones figuraron Ramiro Jaramillo y Bernardo Muñoz, por entonces estudiantes de secundaria que acompañaron por muchos años las iniciativas culturales de Moreno¹.

Por su posicionamiento político, los fundadores y quienes figuraron y colaboraron con artículos fueron desde entonces conocidos en el ambiente conservador de Antioquia como el Grupo Crisis, de tendencia izquierdista.

1. Provenientes del archivo personal de Delimiro Moreno, se ha tenido acceso a los ocho primeros números de esta publicación, de los doce que se produjeron, según los testimonios orales. En todos ellos se indica a Virgilio Vargas como director y los cambios en el Consejo de Redacción (CR) operaron como se detalla a continuación. Año I, n.º 1, julio de 1957, Medellín, CR: Mario Arrubla, Delimiro Moreno, Ramiro Jaramillo, Bernardo Muñoz, Ramiro Montoya. Año I, n.º 2, agosto de 1957, Medellín, CR: M. Arrubla, D. Moreno, B. Muñoz, Julio Calderón, R. Montoya, Joaquín Araque, Juan B. Granados, Renán Toro y Rafael Arredondo como administrador. Año I, n.º 3, septiembre de 1957, Medellín, CR: M. Arrubla, D. Moreno, B. Muñoz, R. Jaramillo, J. Calderón, R. Montoya, J. Araque, J. B. Granados, R. Arredondo y William Ospina como administrador; dice por primera vez “afiliado a la APEC”. Año I, n.º 4, noviembre de 1957, Medellín, CR: M. Arrubla, D. Moreno, R. Montoya, R. Jaramillo, J. Calderón, J. B. Granados, J. Araque, R. Arredondo, B. Muñoz y W. Ospina como administrador. Año II, n.º 5, febrero de 1958, Medellín, CR: M. Arrubla, D. Moreno, R. Montoya, R. Jaramillo, J. Calderón, J. B. Granados, J. Araque, R. Arredondo y W. Ospina como administrador. Año II, n.º 6, mayo de 1958, Medellín, CR: M. Arrubla, D. Moreno, Álvaro Delgado, R. Jaramillo, Augusto Lara, R. Montoya y Darío Orozco como administrador. Año II, n.º 7, septiembre de 1958, Medellín, CR: M. Arrubla, D. Moreno, A. Delgado, Estanislao Zuleta, B. Muñoz, R. Montoya, R. Jaramillo como representante y redactor en Bogotá, y Darío Orozco como administrador. Año II, n.º 8, marzo de 1959, Medellín, CR: D. Moreno, A. Delgado, Ramón B. Bohórquez, M. Arrubla como representante y redactor en Bogotá, y R. Jaramillo como administrador. (Nota de la editora)

Virgilio Vargas, quien fungía como director de la publicación, fue un político que admiró a Mario y lo acompañó en todas sus iniciativas y empresas intelectuales. Estudió medicina con especialidad en salud pública. En la adolescencia fue el amigo preferido de Mario, quien se refugió en su casa a raíz del primer conflicto familiar. El padre de Virgilio era contador de las minas en Zaragoza, y a ese pueblo se llevó a Mario por una temporada como auxiliar en el oficio contable. Mario ubicó a Virgilio como director en el periódico *Crisis*, aunque nada dirigía a la hora de la redacción o edición; pero esa figuración le sirvió a este para iniciar su carrera política y hacerse representante a la Cámara, por varios períodos, como integrante de las listas del Movimiento Revolucionario Liberal.

Escritura y amistad en el grupo de la France Presse: el poeta

Óscar Hernández

En la Agencia France Presse de Medellín tuvo Mario Arrubla su primer empleo como “inflador de cables”, es decir, encargado de traducir en lenguaje telegráfico lo que llegaba al teletipo, de ponerle un título atractivo y redactarlo con alguna fluidez. En este espacio encontró otros intelectuales con quienes intercambiar en un ambiente de apertura al mundo.

En la agencia se confirmaba por telégrafo, día a día, la noticia de que más allá de nuestras fronteras había un mundo diferente; era el sitio de Medellín adonde llegaban reflejos de la vida en otros países. Allí se formó una tertulia ocasional, una especie de muestrario intelectual de izquierda con apertura al pensamiento moderno. El centro de esto era el periodista y abogado Alberto Aguirre y a su alrededor hubo una concurrencia nutrida e informal. Sin que en un momento determinado hayan coincidido todos, por allí desfilaron Carlos Castro Saavedra (poeta), Óscar Hernández (poeta), Manuel Mejía Vallejo (novelista), Carlos Jiménez Gómez (abogado y escritor), Fernando Botero (pintor), Mario Rivero (poeta), Jorge Montoya Toro (poeta); Gonzalo Arango, fundador del nadaísmo; Eddy Torres, que dirigía el suplemento literario de *El Colombiano*; León “Lupo” Arboleda, que se fue al monte, fundó el Ejército Popular de Liberación y murió en la guerrilla; Fausto Cabrera, español, exilado republicano, recitador y actor de teatro. Y de nuestro grupo, Delimiro Moreno, Abelardo Ospina, Ramiro Montoya, Mario Arrubla y Estanislao Zuleta, tal como indiqué en mi ensayo “Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación” (2007).

Mario Arrubla llegó a vivir a Bogotá hacia 1957. Allí encontró eco en círculos intelectuales con afinidad política e intereses comunes. En esta fotografía aparece acompañado de Ramiro Montoya (derecha), con quien sostuvo una larga y nutrida amistad, así como complicidad en sus empresas editoriales.

Tomada de *Al Margen*, n.º 23, 2007, p. 109.

Colección Biblioteca Luis Ángel Arango





El núcleo familiar fue un respaldo fundamental para el desarrollo de Mario en su actividad intelectual, y en el progreso de proyectos editoriales como la revista *Al Margen*.

De izquierda a derecha: Inés Arrubla (hija), Mario y Socorro Castro (esposa).

2001

Archivo familiar

Fue en ese espacio donde Arrubla compartió con el poeta Óscar Hernández. Por algunos años consolidaron una mutua admiración basada en el rechazo a formalismos académicos, el escepticismo sobre el valor intelectual de algunos de los contertulios, el gusto por escritores que abrían horizontes nuevos como César Vallejo, Luis Carlos López y León de Greiff, y una devoción por el tango como música del desamor y la filosofía callejera del fracaso.

Óscar Hernández fue un poeta que alternó oficios diversos: futbolista, boxeador, soldado, obrero, músico, compositor, cantante de tangos, cantinero, vendedor de festivales del libro, profesor, libretista de radio, editor y también “inflador de cables” en la France Presse. Mayor persistencia tuvo como periodista, cuentista, novelista y actor de cine. Con relación a esto último, participó en varios cortometrajes de los directores Gonzalo Mejía y Víctor Gaviria; se destaca su papel en el largometraje *Rodrigo D. No futuro*, con el cual, en 1987, se destacó como mejor actor en el Festival de Cine de Bogotá, que premia actores noveles. Su paso por cada una de esas ocupaciones refleja una personalidad desconcertada frente al mundo, aficionada a desorientar al interlocutor: como periodista decía que cambiaba todos sus escritos por un reportaje que le hizo al futbolista Pelé; como actor de cine aceptaba cualquier papel con la sola condición de que el personaje le convenciera por su bondad, y cuando no era así convencía al director de la película para que le diera ese enfoque. Sin embargo, fue en la escritura donde se centró la larga trayectoria de Óscar Hernández (1925-2017). El núcleo de su prosa y su poesía es la ciudad con sus espacios públicos, plazas y esquinas; un mundo urbano

que entra por el interlineado de sus versos y llega hasta el habitante de la calle, el transeúnte, el oficinista, el obrero. Sus poemas respiran ese ambiente de los cafés del centro de la Medellín de entonces, en donde se tejía la historia de la ciudad con la urdimbre de la modernidad: “Esquinas de antes, universidades minúsculas y alegres donde aprendimos las primeras letras... de tangos... clubes de la antigua pobreza, instalados en la calle, bajo un alar” (Hernández, 2015)².

A raíz de la muerte de Óscar Hernández, resolvimos con Mario reunir sus escritos en prosa y en verso, seleccionar lo que consideramos más logrado y escribir un ensayo que en su momento tuvo una buena recepción: “Encuentro con Óscar Hernández, en la cercanía y la distancia” (2017); aunque el editor de *Al Margen* quiso que solo fuese con mi rúbrica, fue escrito a cuatro manos. Dado su interés en este ensayo, era evidente que Mario quería rendir tributo no solo a la obra de Hernández sino a su desbordante personalidad. Cuando lo publicamos, escribió para reclamarme que no hubiéramos incluido los versos que mejor definen a este amigo: “El trigo no es dorada cabellera en el viento / el trigo es alimento” (Hernández, 2001, p. 1). Verso perdido en la extensa obra de Óscar, era como un santo y seña que se repetía en mis conversaciones diarias con Arrubla, como afirmando la pertenencia a una escuela literaria de corte populista.

Lecturas e influencias recibidas

Al igual que para todos los que nos iniciamos en la vida literaria durante los años cincuenta en Medellín, la gran sed de lectura de Mario Arrubla estaba limitada por los libros disponibles en las bibliotecas de amigos o los centros de enseñanza. Allí encontró antologías y ediciones de autores regionales como los clásicos antioqueños Gregorio Gutiérrez González (*Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*), Epifanio Mejía (compositor de la letra del himno antioqueño) y, por supuesto, Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Francisco de Paula Rendón y Jesús del Corral, así como las obras completas de Fernando González, en particular su novela *Viaje a pie* (primera edición, 1929), que fue por un buen trecho el libro de cabecera de la generación de Mario. También accedió a los consagrados en el orden nacional, como José Asunción Silva, Guillermo Valencia, Rafael Pombo, Porfirio Barba Jacob, León de Greiff, César Vallejo, Alberto Ángel Montoya y Luis Carlos López. Algún acercamiento tuvo con novelistas latinoamericanos del estilo de Rómulo Gallegos y José Eustasio Rivera, muy seguramente sacados de los mismos anaqueles.

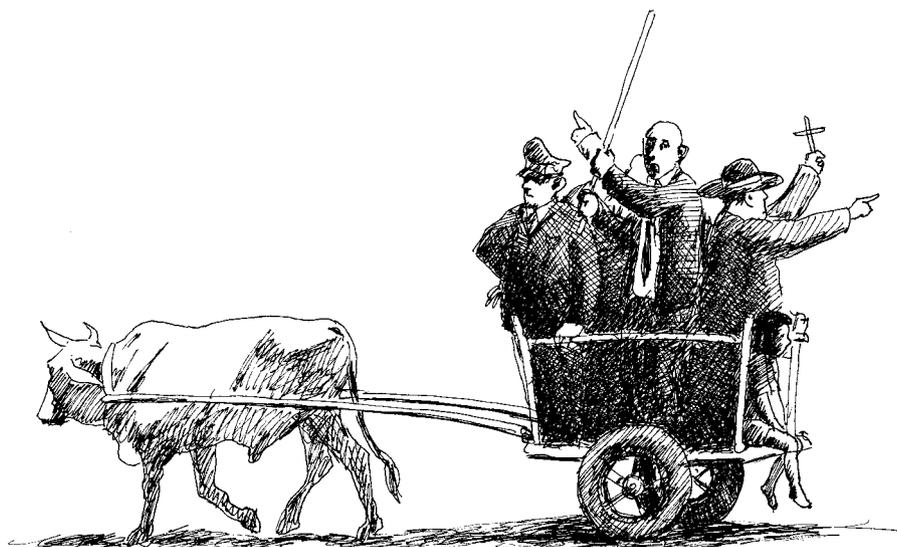
Como recordaba en mi ensayo “Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación”, en los años cincuenta fue llegando a Medellín la avalancha de obras famosas que circularon en la posguerra y nutrían nuestro ambiente intelectual. En novelística arribaron Aldous Huxley, *Contrapunto*; Curzio Malaparte, *La piel*; Virgil Gheorghiu, *La hora veinticinco*; Alberto Moravia, *La romana*; William Faulkner, William Saroyan, John Dos Passos, Ernest Hemingway, Françoise Sagan y Truman Capote, a los que se sumó el influjo de Edgar Allan Poe, James Joyce o Franz Kafka. Seguidamente llegaron las obras de Albert Camus, Jean-Paul Sartre y demás existencialistas franceses, tal como viejos y nuevos números de la revista *Les Temps Modernes*, que completaron un verdadero catálogo para el asombro, la discusión y el estudio (Montoya, 2007).

Estanislao Zuleta y Mario Arrubla, por iniciativa del primero, emprendieron las lecturas “existencialistas”, donde los cuentos y novelas de Jean-Paul Sartre, como *El muro* y *La edad de la razón*, fueron centrales, así como los escritos de



Mario Arrubla recibió su educación primaria en la Escuela Alfonso López, del barrio Manrique de Medellín. Inició secundaria en el Liceo de la Universidad de Antioquia, pero la abandonó en 1952 para dedicarse a lecturas de su interés en grupos de estudio, de los que también hicieron parte Estanislao Zuleta y Ramiro Montoya. Registro escolar. Archivo institucional del Liceo de la Universidad de Antioquia

2. Los libros de poemas de O. Hernández fueron: *Poemas del hombre* (1950), *Las contadas palabras* (1962), *Habitantes del aire* (1964), *Versos para una viajera* (1966), *Poemas de la casa* (1966), *Del amor y otros desastres* (1978), *Después del viento* (2001), *Poemas en clave de vos* (2011), *Hoy besarás y habrá buen tiempo* (2017) y *Experto en muros blancos* (2019). Y entre sus libros de prosa se cuentan: *Mientras los leños arden* (1955), *Al final de la calle* (1965), *Cristina se baja del columpio* (2009), *Fondo de hormigas* (2015), y *El día domingo y Poemas en paz* (2018).



Luego de radicarse en Estados Unidos, en camaradería con Bernardo Correa y Guillermo Mina, Mario Arrubla decidió iniciar la producción de una nueva revista cultural. La logística era desafiante, ya que implicaba realizar el proceso de cuidado editorial, diseño y diagramación desde Massachusetts; la impresión con la Editorial Lealon en Medellín, y finalmente la distribución en Bogotá. El diseño gráfico y la ilustración estuvieron a cargo de otro familiar, su yerno Titus Neyens. Portada de la segunda edición de *Al Margen* (2002) e ilustraciones de Titus Neyens utilizadas en diferentes ediciones de la revista. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango



El 7 de mayo de 2002, por los días en que se lanzó *Al Margen*, la redacción del diario *El Tiempo* publicó la siguiente nota: “Las revistas culturales no suelen ser una empresa comercialmente exitosa, aunque en el plano intelectual dejan muchas ganancias. El mes pasado apareció una nueva con el nombre de *Al Margen*. Este nuevo esfuerzo editorial es dirigido por Mario Arrubla, Bernardo Correa y Guillermo Mina. El formato de la publicación apuesta más por el ensayo que por la parte gráfica”.



Simone de Beauvoir y Maurice Merleau-Ponty. Luego esos dos amigos entraron a la sociología y la filosofía; orientados por la brújula del grupo sartriano pasaron de Kierkegaard a Heidegger, de Kant a Nietzsche. Gracias a estas lecturas, Mario Arrubla adoptó un sistema de pensamiento que, complementado por Hegel, Marx y Engels, se fundamentaba en la creencia según la cual el mundo se podía transformar y el sistema social de clases –que se requería con mayor justicia social– cambiar en la escala temporal de una vida humana. El panorama se hizo aún más complejo cuando, por influencia de Estanislao Zuleta, a esa filosofía y novelística europeas se agregaron la visión y métodos de Sigmund Freud.

Estas influencias tempranas de Mario fueron cultivadas a lo largo de su vida y culminaron con el estudio de los pensadores alemanes y franceses contemporáneos. Así, hasta sus últimos días vivió actualizándose en las corrientes heredadas de Marx, tal como se puede ver en sus últimos escritos (2018-2020), que vieron la luz en un sitio web hecho especialmente para ello³.

SEGUNDA SESIÓN. BOGOTÁ, 1957-1969

En 1957, al llegar a vivir en Bogotá, con limitaciones económicas, Mario entró en el entorno social de personas que detentaban un poder incipiente y que con el correr de los años fueron posicionándose en lugares de importancia nacional.

En la década de 1960, emergieron las experiencias de la imprenta Antares y la editorial Tercer Mundo, por iniciativa del editor y escritor Gonzalo Canal Ramírez y del entonces periodista y editor Belisario Betancur. Alrededor de ese núcleo convergieron intelectuales y políticos jóvenes que luego lideraron partidos tradicionales y sus disidencias, por ejemplo Jorge Gaitán Durán, Alfonso López Michelsen, Álvaro Uribe Rueda, Fabio Lozano Simonelli, José Gutiérrez, Virgilio Barco Vargas y otros. Las revistas *Mito*, *La Calle* y *Tercer Mundo* fueron algunas de las publicaciones más conocidas del momento y aquellos hombres figuraron entre sus colaboradores, bien fuera como redactores, columnistas o correctores. En sus páginas circulaban los nombres de viejos o nuevos intelectuales de todas las tendencias políticas, con el único requisito de tener aptitudes como periodistas o escritores. Ese mundo editorial incipiente sirvió de refugio (con alguna remuneración) para bogotanos nativos y provincianos de talento.

Desde la gerencia de Antares-Tercer Mundo⁴, que yo ocupaba, acogí los originales de la primera novela de Mario Arrubla, *La infancia legendaria de Ramiro Cruz*. Una anécdota de la trasescena de su publicación es que llegó con el título de *La infancia legendaria de Arturo Cruz*, que aconsejé cambiar para evitar el parecido con la obra de Carlos Fuentes, *La muerte de Artemio Cruz*. Mario incorporó a los originales el nombre de Ramiro y mi bautizo a su obra quedó consumado con la impresión de 1967. La sucedió una elogiosa crítica de Estanislao Zuleta ese mismo año en *Tercer Mundo*, la gaceta que entre 1964 y 1970 tuvo la editorial.

Vale mencionar que el propio Mario Arrubla trabajaba para entonces como jefe de redacción de la gaceta, contribuyendo ampliamente a la corrección de estilo y otras tareas afines. Aunque luego pasó a ser editor de la *Revista de la Dirección de Divulgación Cultural*, de la Universidad Nacional (Bogotá, 1968-1973), Mario sostuvo, en la sombra, su trabajo como uno de los soportes intelectuales de Belisario. Para un intelectual de izquierda era muy complejo aparecer como colaborador y proveedor de textos de un político conservador, y viceversa; pero lo cierto es que, después de los trabajos de escritura en la gaceta, Mario produjo

3. Archivos Mario Arrubla fue el nombre que en su momento recibió el portal. Tras la muerte de Arrubla, viene siendo editado y desarrollado por su familia: www.archivosmarioarrubla.com

4. Esta empresa editorial existió en Bogotá entre 1961 y 2001. Fue fundada por los colombianos Belisario Betancur, Fabio Lozano Simonelli, José “Pepe” Gutiérrez Rodríguez y el paraguayo Luis Carlos Ibáñez, bajo el nombre de Tercer Mundo Editores. En 1965 compró la imprenta Antares s. a. y cambió el nombre de su sello por Antares-Tercer Mundo hasta la década de 1970, cuando adoptó el de Ediciones Tercer Mundo (Penagos Jaramillo, 2020). (Nota de la editora)

artículos de prensa, discursos y recomendaciones de leyes (sobre reforma agraria y otros temas) bajo la rúbrica de Belisario, lo que abonaba al perfil progresista del expresidente.

La reciprocidad superó las expectativas del *écrivain noir* cuando Socorro Castro, esposa de Arrubla, fue nombrada para un cargo en la Embajada de Colombia en Madrid, que originalmente fue ofrecido a Mario. Aunque él no aceptó tomar posesión de dicho cargo, tampoco renunció a disfrutar de España durante una temporada (pasaje al que se referirá el siguiente apartado). Socorro jugó un papel central en la vida y obra de Mario Arrubla, desde la juventud en Medellín hasta sus últimos días en Massachusetts. Ejemplo de ello es que aplazó sus estudios de especialización en psiquiatría para trasladarse desde España hasta Estados Unidos y trabajar en el Consulado de Houston. Luego ella se radicó en Estados Unidos y allí ha ejercido con éxito su profesión, al tiempo que fue un respaldo para la actividad intelectual y política de Mario: encabezó el núcleo familiar y apoyó sus empresas editoriales. Incluso los 25 números de la revista *Al Margen* (2002-2009) materializan el apoyo de toda la familia, porque el trabajo de Inés y Sonia Arrubla, así como el de Titus Neyens, posibilitó que la última empresa de Arrubla incursionara en el mundo digital y desde allí enriqueciera la hemeroteca colombiana.

TERCERA SESIÓN. MADRID, AÑOS OCHENTA

El ciclo vital de Mario Arrubla se desarrolló en ambientes urbanos de Suramérica, Europa y Norteamérica, con diferencias significativas tanto en el idioma, como en el entorno social y cultural. En cuatro urbes (Medellín, Bogotá, Madrid y Amherst) de ambientes disimiles que enriquecieron su personalidad y le dieron un aire cosmopolita, pero que también representaron grandes desafíos para la adaptación de su actitud contestataria.

A mediados de los años ochenta coincidí con Mario en Madrid. Él vivía en esta ciudad (a raíz del nombramiento de su esposa en la Embajada colombiana) y yo me había desplazado allí con el fin de estudiar las condiciones para ejercer una posible gerencia de Legis en España. Así que formamos una dupla que se nutrió de la rica cotidianidad madrileña: sus librerías, el cine europeo, la música y, en especial, la experiencia de leer y escuchar los dos acentos del castellano formados en el Viejo y en el Nuevo Mundo.

Fue en la confrontación de estas dos formas del español, con sus respectivos léxicos y entonaciones, que contrastamos implícitamente las culturas. De ello salió un vocabulario que en doble columna enfrentaba términos, locuciones, refranes y sustratos, insumo para lo que fue mi primera incursión en la lexicografía: *Madrileño urgente para colombianos* (2004), también publicado como suplemento del *Diccionario comentado del español actual en Colombia*. Para ahondar en la temática hicimos contactos con la Real Academia de la Lengua (rae), donde encontramos la acogida de su secretario, el puertorriqueño Humberto López Morales, interesado en la riqueza y colorido del manejo coloquial del castellano en Colombia.

De mi parte, con mayor frecuencia y dedicación a las enseñanzas de la RAE, a las conferencias y grupos de lexicografía promovidos por López Morales, he trabajado desde entonces en la elaboración y publicación de libros impresos y electrónicos: el mencionado *Diccionario comentado del español actual en Colombia* y otros suplementos como “El parlache, jerga de marginados” y

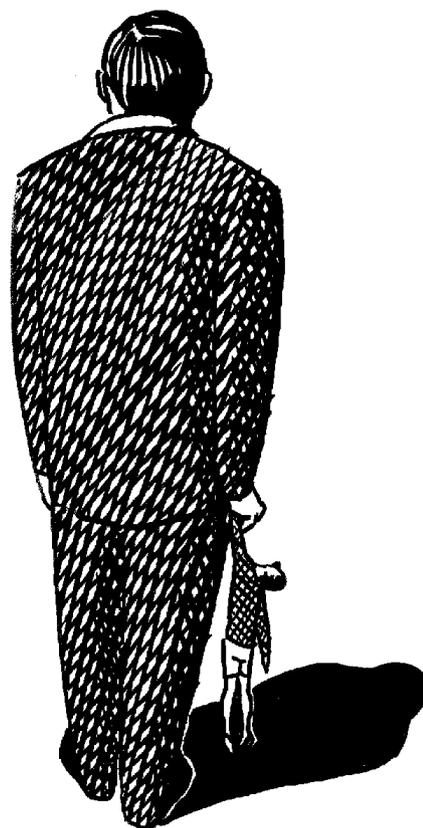
Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación

En efecto, Funes no sólo recordaba cada hoja de cada árbol de cada monte, sino cada una de las veces que la había percibido o imaginado. Resolvió reducir cada una de sus jornadas pretéritas a unos setenta mil recuerdos, que definiría luego por cifras. Lo disuadieron dos consideraciones: la conciencia de que la tarea era interminable, la conciencia de que era inútil. Pensó que en la hora de la muerte no habría acabado aún de clasificar todos los recuerdos de la niñez.

J. L. BORGES, 'FUNES, EL MEMORIOSO.'

Uno. –Visión con privilegio

Mi visión sobre Estanislao Zuleta tiene un privilegio. Lo conocí en 1950 cuando él tenía 15 años; el comienzo de nuestra relación fue de adolescentes compañeros de colegio, luego se extendió a la primera juventud. Más adelante, entre 1965 y 1968, cuando él contaba de 30 a 33 años, nos vimos con muy poca frecuencia, tal vez cuatro o cinco veces en ese período; y al final, durante los últimos 22 años de su vida, no volvimos a coincidir en parte alguna y anduvimos por caminos distintos, sin que en ese distanciamiento mediara ningún hecho determinante, puntual, distinto a las decisiones que cada uno tomó sobre lo que debía ser su vida. Por esas circunstancias, la visión que tengo de nuestra adolescencia y primera juventud está sesgada por la idealización que hacemos de nuestros primeros años, exenta de las desavenencias que generan las relaciones de la madurez y apenas tocada por los conflictivos de tareas comunes y por las frustraciones y logros individuales.



Este número de *Al Margen* especialmente dedicado a la vida y obra de Estanislao Zuleta, en cierta manera, rememora los orígenes, varias décadas antes, de la relación entre los promotores de esta revista. Portada y fragmentos de artículos, *Al Margen*, n.º 23, 2007. Ilustraciones Titus Neyens. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

Mi padre Mi abuelo



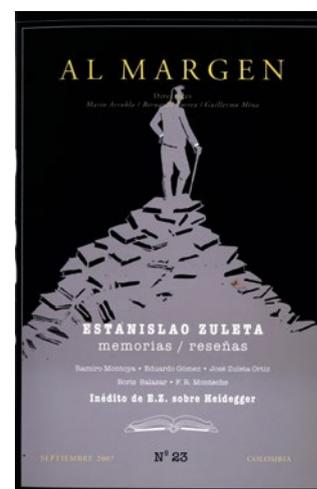
Tres partes componen esta sección: dos escritas y una compilada por José Zuleta Ortiz, hijo de Estanislao Zuleta. La primera, "Mi padre", corrige algunos errores factuales e informaciones imprecisas contenidas en una versión inicial del mismo texto. La segunda parte, "De mi abuelo", se compone de artículos publicados en 1930 por Estanislao Zuleta Ferrer, padre de E.Z., en seis números diferentes de la revista *Claridad* de Medellín, artículos encontrados y conseguidos en fotocopia por JZO en la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Sala Antioquia. La mayor parte de los artículos aparecieron bajo el pseudónimo de Micromegas, sólo uno fue firmado con el nombre real del autor. Escriban en *Claridad*, entre otros: Ele Gómez, Fernando González, León de Greiff y Luis Tejada. En fin, la tercera parte está constituida por el relato "La sonrisa trocada".

Mi padre

El 13 de febrero de 1935 nació en Medellín Estanislao Zuleta Velásquez. Su padre, Estanislao Zuleta Ferrer, era un abogado con múltiples inquietudes intelectuales; había escrito varios ensayos de crítica literaria y de opinión política en la revista *Claridad*, que circuló por los años treinta en aquella ciudad. Tenía una tertulia con Fernando González, Fernando Isaza y otros amigos, con quienes leía a Montaigne y hacía experimentos de hipnosis para observar el funcionamiento del psiquismo humano. Pertenecían a la corriente de pensamiento radical, con rasgos anticlericales, que a finales del siglo XIX y principios del XX existió en Antioquia.

En 1933, Estanislao Zuleta Ferrer se casó con Margarita Velásquez, y dos años más tarde, a la usanza antioqueña, el matrimonio tenía ya dos hijos. La familia se había trasladado a Bogotá, donde el joven abogado de 29 años era asesor de una compañía petrolera. Pero como había abierto en Medellín una oficina con Fernando Isaza, debía viajar con frecuencia a esa ciudad para atender sus negocios. El 19 de junio Estanislao Zuleta viajó por última vez a Medellín. El 23 su esposa recibió una marconiograma que decía: "He terminado mis asuntos. Esta tarde visito a Fernando González. Mañana viaja SCADTA. Me gustaría verte en el campo. Lleva a los niños. Un abrazo. Estanislao". Al día siguiente Margarita arregló a la mena y al niño, y al mediodía tomó el tranvía del campo de aviación de Techo. Estaba lloviendo. Margarita miraba por la ventanilla esa ciudad fría y empastada, donde se sentía extranjera. El niño tenía cuatro meses y tres semanas; era el 24 de junio de 1935. Ya en el aeropuerto se acercó a la oficina de SCADTA y dijo a una empleada: "Señorita, estoy esperando a mi marido que viene de Medellín...". La empleada dejó caer el labio y clavó la mirada en el niño que Margarita tenía dormido en el hombro. Dijo: "Señora, pasó una cosa muy horrible. Váyase para su casa. Hubo un accidente: murió Gardel".

Dos aviones chocaron en la pista del aeropuerto de Medellín y explotaron. Desde el barrio Manrique se vio una bola de fuego, como un sol anaranjado y humeante. Desde su finca "Otrapatte", Fernando González se quedó mirando el brillo magnífico de las llamas que consumían a su amigo, y por la noche, cuando aún no se habían apagado los escombros, luego de escuchar el radioperiódico, dijo: "Ahora ya no hay con quien hablar en este país".



“Diccionario erótico colombiano”, de los que se publicaron extractos en la revista *Al Margen* (2004, 2005, 2006).

Desde la distancia, Mario estimulaba con críticas y aportes mi acercamiento a la lexicografía, e incluso enriqueció como editor y corrector de estilo algunos de mis trabajos (de nuevo excluyendo su nombre y figuración vicaria), aquellos que consideró más originales y algo satíricos. También *Al Margen* fue la plataforma de ellos: “El sustrato zoológico y botánico en el habla de los colombianos” y su apéndice “El tratado de la vaina” (2006). Asimismo, en Madrid construimos un léxico erótico que contrastaba ambas culturas. Este proyecto fue especialmente enriquecido con aportes y preguntas de Mario, y nos resultó inspiradora la lectura de los documentados manuales de Camilo José Cela sobre el tema: *Diccionario del erotismo y Diccionario secreto*.

Lectura de libros viejos y nuevos

Madrid no podía ser la excepción en nuestro trasegar por librerías de ejemplares viejos o de reciente aparición. La larga calle Cuesta de Moyano, que exhibe miles de libros de segunda mano, fue uno de nuestros paseos más frecuentes. La adicción de Mario a determinados autores lo llevaba a buscar las más escasas ediciones. De esa temporada recuerdo su preferencia por Franz Kafka, Edgar Allan Poe, Jane Austen, Vladimir Nabokov y Georges Simenon. Este último fue retomado por Mario al final de su vida cuando se ocupó de leer ciertas tramas policíacas, por lo que Simenon, autor de un número incontable de novelas policíacas, estuvo en su radar. También Stanley Ellin, un cuentista norteamericano al que Mario consideraba un gran maestro del género y de quien tradujo 17 relatos que quería llevar a libro, razón por la cual se dieron acercamientos entre él y la editora de Sílabas, Lucía Donadío. Entretanto, relatos como “Especialidad de la casa”, “À vous la balle”, “La pregunta”, “El beneficio de la duda”, “Las siete virtudes capitales” y “El último Saint-Ouen 29” fueron publicados en su sitio web.

CUARTA SESIÓN. MASSACHUSETTS, 2002-2020

Al radicarse en los Estados Unidos, Mario fundó la revista *Al Margen*, de la cual se produjeron 25 números de excelente nivel intelectual entre 2002 y 2009. Cada edición era un prodigio de buen diseño a cargo de Sonia Arrubla, con las ilustraciones de Titus Neyens y otros artistas de prestigio. Los profesores Bernardo Correa y Guillermo Mina figuraban como codirectores en Bogotá, con grandes esfuerzos por seguir el ritmo de Mario en la redacción, circulación y finanzas de la revista. El soporte de Inés Arrubla fue decisivo para los números impresos y, bajo su iniciativa, se dio curso a los sitios web *almargenonline.com* y Archivos Mario Arrubla, que divulgaron en el mundo cibernético la intensa actividad intelectual de Arrubla.

Desde la fundación de *Al Margen*, fui invitado a colaborar y –efectivamente– los textos con mi firma aparecieron a partir del número 6. Pero mi colaboración no consistió solo en publicar cuentos, reseñas y ensayos, sino que se amplió a traducciones, corrección de textos y diagnósticos para “colgar” estudios académicos o creaciones literarias de terceros. No exagero al afirmar que más de una edición de *Al Margen* fue elaborada por una tríada de redactores que dieron su aporte desde Massachusetts, Bogotá y Madrid.

A pesar de estos aportes, así como los de Bernardo Correa, Guillermo Mina y la familia Arrubla, el excesivo peso que cada número recaía sobre Mario –debido

a su inagotable perfeccionismo y rigor– ocasionó el cierre de la publicación en 2009. Había sido una exitosa empresa, pero al final perdió adhesión al proyecto, afectado por lo que él consideraba un menor ritmo de trabajo de los codirectores. Como es propio de todo proyecto editorial y periodístico, los conflictos y tensiones personales también estuvieron presentes en *Al Margen*. Mario no aceptaba que se sacrificara la frecuencia de la revista y consideraba cada retraso como una responsabilidad de sus socios en Bogotá. A esto se agregaba su reticencia a la vertiente académica del trabajo intelectual, que terminó adquiriendo mucho peso en la revista:

Al margen de todo lo anterior, es que también le cogí aburrimiento a la revista por el tipo de materiales que conseguíamos, principalmente de corte académico. No hay nada que me aburra más en la vida que lo académico. Está bien algunos artículos de ese corte, pero no que predominen. (Comunicación personal, 2007)

Corrección y edición de mis libros

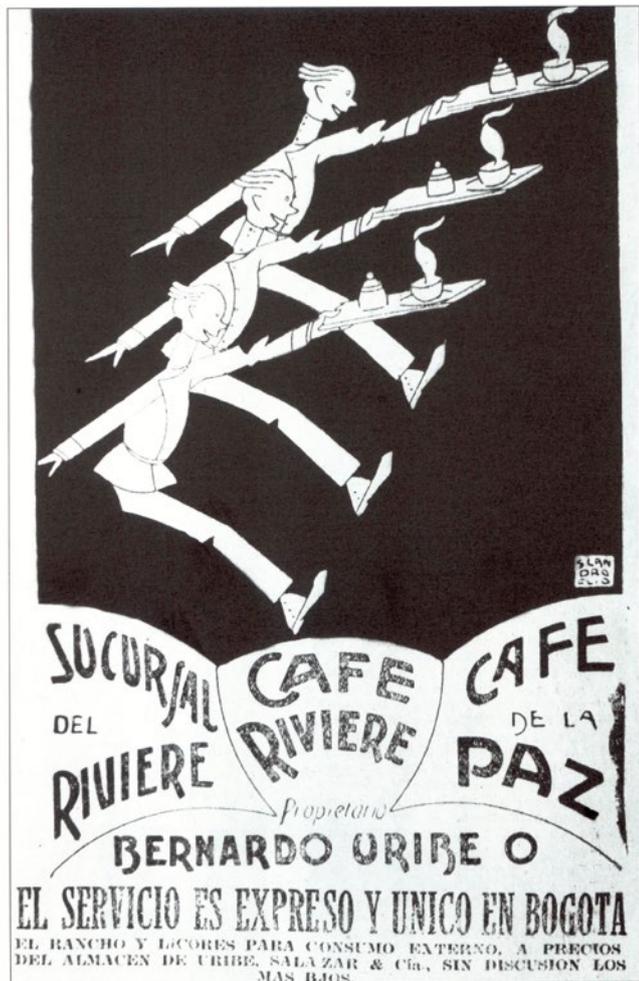
Siendo un escritor tardío, admito que la escritura, edición y publicación de mis libros recibió el estímulo, la crítica y la ayuda de Mario, que vio en mí alguna aptitud para este oficio.

En la sesión anterior hablé sobre el apoyo que recibí de él cuando escribí mi libro *Madrileño urgente para colombianos* (2004), pero mis otras obras también se beneficiaron de su retiro en los Estados Unidos, donde despertó en él un rigor aún mayor por el uso impecable del idioma. No solo en corrección de estilo, sino en estructura gramatical, puntuación y ortografía, recibieron gran mejoría los originales del *Diccionario comentado del español actual en Colombia* (2006) y su suplemento “El parlache, jerga de marginados”, *A este lado del mundo, recuentos y relatos* (2008), *La sangre del sol* (2014), *El galeón San José y sus cuatro dueños* (2018), *Un tren contra el olvido y demás relatos* (2019.)

La edición de *Crónicas del oro y la plata americanos* (2015) recibió, por parte de Mario, contribuciones más de fondo que le dieron calidad, y se incorporó un prólogo con su firma. *El liberto Angola compra una esclava y otras tratas en el país del oro* (2020) es la única novela que he publicado y destaco la especial contribución de Mario en su estructura, trama y personajes. Él se involucró desde lo más general hasta lo más particular (título de la obra y de los capítulos, eliminación de párrafos superfluos, prevención contra todo “presentismo”, uso de localismos y léxico de esclavos); autor y corrector se coordinaron en un trabajo que en realidad fue a “cuatro manos”, con lo cual resultó de ahí un texto de gran calidad. Un reconocimiento mínimo se encuentra en la dedicatoria de la primera edición de esta novela: “A M. A., cómplice en estas búsquedas”.

Apéndice: correspondencia e inéditos

Buena parte de la relación de amistad y colaboración intelectual que desarrollé con Mario Arrubla, a lo largo de siete décadas de vida, estuvo apoyada en una correspondencia que, de ser editada, conformaría un volumen de interés. La correspondencia era un ambiente más natural, libre de formalismos académicos y nacida de la conversación espontánea. No era muy frecuente, pero siempre fue apremiante. Muchos intercambios estaban referidos a temas pragmáticos propios de las empresas que llevábamos a cabo, principalmente las de tipo editorial, pero no se agotaban ahí.



Algunos cafés bogotanos como La Paz y el Lutecia fueron espacios de encuentro, tertulia y discusión, así como escenarios claves para el desarrollo de proyectos políticos, literarios y personales. En complicidad y cercanía con las librerías, permitieron la formación de intelectuales que, como Mario Arrubla, entre tintos y letras se descubrieron amantes de los libros. El Café Lutecia fue el sucesor de El Automático y el preferido del grupo de Arrubla. Ubicado en la carrera séptima con calle 17, su distribución y construcción interna hacían de este lugar de encuentro todo un club de entretenimiento de dos pisos. Afiche promocional atribuido al artista italiano Rinaldo Scandroglio. Tomada de El impúdico brebaje. Los cafés de Bogotá, 1866-2015, Instituto Distrital de Patrimonio Cultural, 2015. Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

Este tipo de escritura materializó en buena medida nuestra relación; era el medio en que Mario ejercía la amistad y en ella pueden encontrarse vivencias y pensamientos de alcance privado. Pero más allá de estas dinámicas subjetivas y personales, su correspondencia incluye reflexiones que trascendían nuestro vínculo: tiene un contenido filosófico, artístico o cultural. Contiene temáticas muy diversas: ediciones de libros sobre Colombia, subdesarrollo, evolución del capitalismo, poesía, proyectos personales con invitación a trabajos conjuntos, observaciones y sugerencias a originales de mis ensayos y textos de ficción.

Por ejemplo, haciendo referencia al número 24 de *Al Margen*, dedicado a Zuleta, y en el cual Mario no escribió ni una línea, la correspondencia personal fue la vía para verbalizar la ruptura con Estanislao Zuleta (principal amigo intelectual de su juventud), plantear el conflicto que le generaba su negativa a escribir sobre este, y reflexionar sobre la amistad y la vida intelectual:

En algunos días saldrá un número de la revista *Al Margen* dedicado a Estanislao Zuleta. Yo no escribiré en ese número. Quiero explicar lo más brevemente que pueda esa abstención a quienes de alguna manera pertenecen a la revista y que

fueron muy cercanos a Estanislao Zuleta.

Yo fui la persona más cercana intelectualmente a EZ. Compartimos vida, ideales, concepciones y sueños de cultura desde 1952 hasta 1964. A mediados de 1964 nuestras “visiones del mundo” divergieron teóricamente de manera neta y explícita (con carta de por medio), y en 1968 terminamos tristemente nuestra amistad (tristemente, porque la ruptura se dio en los peores términos y porque en los años de ilusión, de adolescencia y primera juventud, “nos amamos tanto”. Es, de sobra, el amigo con el que yo he compartido los mejores entusiasmos).

Precisamente, en estos días, editando la revista, he visto citada varias veces una frase de EZ que vale por un compendio de lo que me separa de él (el artículo de donde tomo aquí la cita no será publicado en este número de AM por largo y poco valioso). Decía EZ: “Lo único que tiene importancia en mi vida es el pensamiento. No importa cómo haya tenido lugar un pensamiento: si en el alcohol, contra el alcohol o al margen del problema; si en crispada lucha moralista-sartreana contra ‘la vida imaginaria’ o en medio de una fantasía; si en la desgracia, el duelo, el sufrimiento o en la dicha: lo que importa es el pensamiento mismo, su diferenciación y articulación, su mutación y continuidad. Es esto lo que realmente tiene historia, constituye una historia; todo lo demás, amores, desengaños, períodos de alcoholismo, borracheras de ‘acción política’ o actividad lúcida con encuentros, con grupos o sin grupos, con amistad (inspiradora) o sin ella, todo es secundario y derivado, es decir, relativo al papel que pueda haber desempeñado en el proceso de pensamiento”. Es difícil encontrar una formulación más ajena a mí, una concepción que me produzca mayor rechazo.

Yo no estoy dispuesto a criticar públicamente, sin más, a EZ, a limitarme a puntualizar nuestras diferencias de concepción de la cultura. Pero tampoco estoy dispuesto –ni por un momento me veo haciendo eso– a escribir elogios sobre él callando



reparos. (Sobra decir que estoy de acuerdo con todos los elogios que hablen de su altísimo nivel intelectual.)

Si alguna vez llego a escribir públicamente sobre EZ no será para plantear mis diferencias con él, sino para hacer algo que esté a la altura del tema: EZ es el personaje más “interesante” que yo he conocido; es, en mi opinión, alguien cuya existencia plantea los problemas más dramáticos, más temibles, que para un individuo puede plantear la cultura. Alguna vez he dicho: EZ vivió toda la vida en el Berghof (*La montaña mágica*, en su caso representada ante todo por los libros, por la cultura) sin bajar nunca a la llanura (sé que esta última frase requeriría complejas explicaciones). El Berghof era para él la cultura (y otras cosas aledañas que él conocía bien: la seducción del ensueño, de la enfermedad, de la imaginación, de la introspección psicoanalítica, del intimismo, del alcohol, de las conversaciones intelectuales, y claro:

Sin título.

Archivo fotográfico Sady González
Colección Biblioteca Luis Ángel Arango

de la separación radical respecto a los valores, preocupaciones, requerimientos y modos de vida de la llanura, o sea de las gentes comunes y corrientes). Como ven por lo que acabo de escribir, yo no puedo decir nada serio sobre él sin adentrarme en caminos que inmediatamente suenan a una crítica. Pero no haré una crítica, quiero decir, no la haré nunca públicamente, y por eso no escribo. Repito: si alguna vez escribo sobre él será cuando me sienta limpio de todo ánimo crítico, o sea cuando me sienta llevado por el ánimo sano, legítimo, de entender tentaciones de la cultura importantes en la vida de él, también en la vida mía, también en general en la vida de los intelectuales. Escribiré sobre él solo cuando sienta que no soy movido por rivalidades y por la voluntad de marcar diferencias. Cuando el móvil de uno es diferenciarse de otro termina siempre confluyendo con él: es la ley de la paranoia, algo que conozco bien por más de una experiencia propia. Siempre que he puesto pasión para negar la posición de otro acabo descubriendo que he llegado al mismo punto. (Si en esta carta señalo diferencias, sé que el mal efecto en mí no será tan grave como si lo hiciera públicamente. Y me excusa la consideración de que lo hago dentro del propósito de explicar mi abstención a personas como ustedes que para mí sentir merecen una explicación de mi parte.)

Pero tampoco estoy actualmente “en condiciones psicológicas” y tal vez tampoco he alcanzado la claridad intelectual o la sabiduría (clima del espíritu) necesarias para hablar seriamente de mi amigo. Puede incluso que nunca pueda hacerlo. Pero trataré siempre de cumplir con una ley moral: como él fue mi hermano, me abstendré al menos de escribir públicamente sobre él si no puedo hacerlo con serenidad y con cabal inteligencia del tema. (J. Zuleta Ortiz, B. Correa, G. Mina, M. González y R. Montoya, comunicación personal, 2007).

Además, su correspondencia fue una de las maneras de conservar una relación con los amigos de la Colombia natal, con la mirada extranjera que eligió para las últimas tres décadas de su vida. Aun así, la temática política terminaba por aflorar en sus cartas:

Esto no será exactamente una respuesta a tu mensaje, pues no me propongo analizar el tema del terrorismo en general, ni entrar a discutirlo, asunto bien difícil. Pero sí quiero aclarar unas pocas cosas sobre el terrorista en que yo pienso en mi mensaje. Primero, como no hablo del terrorismo en general, no hablo del terrorismo de Estado, es decir, del terrorismo ejercido en función de la afirmación de un poder constituido. Es, por supuesto, el terrorismo más importante y más propagado en el mundo. Es el que realiza Israel, el que realiza y ha realizado Estados Unidos en muchos lugares del mundo, es el que se realiza y se ha realizado masivamente en Colombia (considero mucho más importante, mucho más masivo, el terrorismo de Estado en Colombia que el terrorismo de los subversivos de las Farc empezando porque muchos de estos, incluido Tirofijo, son productos del terror de Estado). Repito, cuando digo terrorista no estoy pensando en el terror en función del ejercicio y reforzamiento del poder. Cuando hablo del terrorista en mi corto y nada sistemático mensaje, tengo en mente, por ejemplo, a los terroristas palestinos o los 19 jóvenes árabes que estrellaron los aviones contra las torres. Y mi opinión es que son gente que siente que sus sociedades han sufrido y sufren un atropello y una opresión despersonalizante por parte de centros de poder que no pueden ser enfrentados en términos de fuerza, centros de poder que por lo demás operan públicamente en nombre de valores como la libertad, la justicia, la democracia. (Sí, los poderosos que ejercen hoy el terrorismo de Estado le enseñan al mundo a pensar en términos de justicia.) La idea de justicia es, para la experiencia de los avasallados, evidentemente, escandalosamente violentada por la fuerza, se consideran víctimas de una injusticia ante la cual se saben a la



vez impotentes. Es la experiencia de una violenta injusticia sufrida en la impotencia. No voy a ocultar que mi idea sobre el terrorista es también autoanalítica, descripción de mis sentimientos. Todos los días doy gracias a Dios por no haber nacido palestino, pues en tal situación no habría abrigado otra pasión que la del terror –terror a realizar, o despersonalización, desvalorización y autodestrucción por abstención de respuesta–.

Como te digo, no me propongo analizar el tema del terrorismo en general, ni discutir posiciones respecto a ello. Por tanto, me limito a precisar aquello que tengo en mente cuando hablo y a aclarar lo que he querido decir. (Comunicación personal, 2017)

Mario Arrubla y otros visitantes de la librería La Gran Colombia le hacen un homenaje a Belisario Betancur, amigo y contortulio de la librería, con motivo de su posesión como presidente.

Fotografía de Jorge Mora, agosto 1982.
Archivo Universidad Nacional de Colombia

También en las cartas se evidencia su función como corrector de estilo: entraba hasta el menor detalle y enriquecía el original puesto a su alcance. Así lo demuestra una carta de 2007 sobre el *Diccionario comentado del español actual en Colombia* (2006), que transcribo en su tono coloquial:

Ramiro:

No sé, pero tengo la impresión de que vas a tener que ampliar el tema, porque lo de diminutivos, hipocorísticos y “endulzamientos” tal vez no dé para un artículo de extensión mediana. Repito, no sé.

Hay dos diccionarios tradicionales sobre lexicón de colombianismos:

1) Uno de Mario Alario di Filippo (*Lexicón de colombianismos* de 1983, que yo tengo, no sé si hay una edición posterior), y 2) otro, tal vez mejor (yo he encontrado este segundo aquí en una biblioteca), con expresiones que no estaban en el primero –es largo, dos tomos, como el anterior–. Si quieres saber el nombre del otro, lo buscaré y te lo diré.

3) Tengo otro que se llama *Diccionario de locuciones y del habla en Antioquia*, de Carlos García.

- 4) Otro más llamado *Lexicón de fraseología del español de Colombia*, de Siervo Mora Monroy.
- 5) Tengo uno más (el que no tengo es el segundo mencionado): *Del español hablado en Colombia. Seis muestras de léxico*, de Luis Flórez.
- 6) Tengo las *Gazaperas* de Argos⁵.
- 7) Tengo el *Testamento del paisa*.
- 8) NO tengo uno que sé que salió sobre el lenguaje de los gamines.
- 9) Y otro que sé que hizo Jaime Sierra (?).

Los mencionados en tercero y cuarto lugar repito que los tengo, no son muy largos (promedian tal vez unas doscientas páginas cada uno). Si no los tienes, te interesan mucho y no te los puede conseguir nadie en Bogotá. Busca en la Biblioteca Eduardo Santos de la Academia de Historia, calle 10 de Bogotá, una cuadra abajo de la plaza de Bolívar. Si prefieres yo me pondría en el trabajo de fotocopiarlos y enviártelos. Asimismo –y vale la pena para tu trabajo sobre el parlache– deberías hacer que alguien te consiga o te fotocopie (sacado de la Luis Ángel u otra biblioteca) el diccionario de gamines.

Una cosa me adelanto a recomendarte: que sobre los diminutivos evites las frases con palabras que suenan artificiales, de uso –en la frase citada– poco verosímil. Se da mucho ese caso en las que mencionas. Doy un solo ejemplo que vale para varias de las frases que traes: “Un momentico señor, que mi jefecito está ocupadito en una reunioncita”. Aquí, a lo sumo, podrían dejarse dos diminutivos: “Un momentico señor, que mi jefe está ocupado en una reunioncita”. (Se podrían encontrar frases –otras frases– en que quepa lo de “ocupadito”, por supuesto, y también lo de “jefecito”, este casi siempre despreciativo. Esto último vale todavía más con “doctorcito”.) O sea que mi consejo consiste en no forzar la nota, tratar de que los contextos hagan verosímiles los diminutivos.

P. S. Me parece que en los hipocorísticos dejas de lado la plana mayor de *Al Margen*: Memo y Bernacho. Te falta el tuyo: Miro (así llamábamos a un amigo de mi infancia). Y te falta Gabo. (Todo esto último es por decir: yo sé bien que solo has querido dar algunos ejemplos.) (Comunicación personal, 2007)

Dejo una muestra de dos textos inéditos de Mario Arrubla con cariz biográfico, recibidos en épocas muy distintas y que sirven para acercar al lector a su contradictoria personalidad. “De cafés y tertulias”, es una viva memoria de los cafés que le dieron refugio en Medellín y Bogotá. Y “Escenas de la vida consular en Huston”, un texto producido durante su estancia en esa ciudad cuando estaba encargado de asuntos consulares.

Con una dinámica intelectual amplia y sostenida a lo largo de toda su vida, Mario Arrubla fue un personaje que enriqueció la cultura colombiana a través de sus escritos y empresas editoriales. Merece ser recordado. Su amplio archivo inédito debe ser objeto de un fondo personal, de proyectos póstumos de publicación y edición, pues seguramente habrá dejado muchos escritos con los que pueda sorprendernos. ■

5. *Gazaperas gramaticales*, de Roberto Cadavid Misas (“Argos”).

DE CAFÉS Y TERTULIAS

Esa frase [“por estas lindes nunca hemos tenido cafés”] la considero COMPLETAMENTE equivocada. Nosotros (Ramiro Montoya y yo, menciono a Ramiro porque compartió conmigo la vida de cafés, no cantinas, y porque quiero involucrarlo en este tema) conocimos cafés en Medellín: el Zoratama y La Bastilla, y en Bogotá, donde se hacía todo eso que menciona el autor⁶ como característico del café europeo: eran lugares de tertulias intelectuales, allí nos encontrábamos para hablar de libros, de política (incluyendo “conspiraciones”, como la creación de grupos de acción que relacionaran a estudiantes e intelectuales con obreros: Movimiento Obrero Estudiantil en Medellín, bastante activo, con su periódico *Crisis*; Movimiento Obrero Intelectual en Bogotá, creador del periódico *Junio*). En el día bebíamos café, al anochecer cerveza. Teníamos otro café cerca de La Bastilla donde nos reuníamos especialmente al anochecer para beber (yo allí lloraba, de 16 años, cada vez que en la pianola ponían a sonar la *Tocata y fuga* de Bach).

En los cafés mencionados conocí a todos mis amigos de adolescencia amantes de los libros, la cultura en general, la política (con excepción de EZ⁷, con el que me conocí cuando estuvimos en el mismo salón en tercero de bachillerato, pero quien era parte importantísima en esa vida “cafetera”). Acabo de recordar otro café esquinero extraordinario en La Playa, tres o cuatro cuadras arriba de Junín (donde me reencontré con EZ después de que, de 17 años, tuvimos una pelea por la propiedad de un libro de Kafka y dejamos de vernos por unos meses).

En Bogotá, calle 19, el Café de la Paz fue famoso centro de reuniones sobre cultura, política, etc., también con café (tinto, decíamos) en el día y tragos en la noche. Era el centro de reuniones de la barra de Zuleta, Ramiro y Eduardo Gómez, y creo que Arizala, Carlos Rincón y muchos otros.

6. Se refiere a la nota de prensa de Reinaldo Spitaletta, publicada en *El Espectador* (10 de octubre de 2011).

7. El pensador antioqueño Estanislao Zuleta.

[...] Muchas cosas pues tuvieron su centro en los cafés, una vida conversacional, conspirativa, hasta “terapéutica”, soñadora en todos los planos -libros o cuentos por escribir, acciones políticas por realizar, etcétera-. ¿Quién es ese burro que dice que en Medellín o Bogotá no existieron los mejores cafés del mundo? Porque no he hablado del PRINCIPAL, el Café Lutecia de Bogotá, situado en la calle 17, costado sur, a 48 metros de la carrera séptima hacia el oriente. Comenzando por esto: allí, nuevamente, tomábamos café en el día y nos emborrachábamos a menudo en las noches. No acabaría de completar la lista, más de cincuenta contertulios intelectuales y políticos formaban la barra del Café Lutecia; todos los anteriormente citados más Darío Mesa (este iba principalmente a la Librería Gran Colombia, que quedaba entonces a diez metros del café), Eduardo Arredondo, Lemos (el que fue ministro), Clarkson, que fue alto empleado bancario, Duica, Carlos Rincón, Ismael Matallana. Allí llegaban todos los intelectuales conocidos de alguno de los contertulios, que venían de otras ciudades [...].

No creo que haya existido en ningún lugar del mundo un café como el Lutecia (EZ era uno de sus principales habituales, allí impartía el saber al lado de Darío Mesa y otros “grandes”, yo siempre he sido un poco parco para los amplios discursos teóricos). Era el mejor café del mundo no solo por sus intelectuales contertulios (entre cincuenta y cien), sino porque funcionaba así: tenía dos plantas, abajo estaban el bar y la rocola, y las mesas donde se bebía trago; arriba tenía espacio con mesas de ajedrez, tenía peluquería, creo que billares, recuerdo que tenía por los menos cinco servicios diferentes. Ah, y por supuesto cosas que servían para un almuerzo: café con leche, empanadas y unas tortas excelentes que hacían en Soacha y cuyo nombre he olvidado de momento, y otros alimentos (ah, ya me acordé del nombre: mogollas). En qué café del mundo ocurre lo siguiente: allí leíamos, en el día muchas veces en mesas individuales, quiero decir, mesas que ocupaba uno solo. De pronto, uno quería salir del café por un rato que podía ser largo; entonces les decía a las meseras que allí dejaba sobre la mesa el libro que estaba leyendo para que ellas se lo cuidaran. Y lo cuidaban, y nunca, que yo recuerde, nadie perdió un libro por dejarlo largo rato en una mesa. Las rascas en el Café Lutecia eran de antología (estoy hablando de 1959, 1960, 1961, que conocí bien): no faltaban las

peleas, no faltaban los dramas (allí Rafael Arredondo, nieto de un caudillo político antioqueño, se enamoró de un lustrabotas y acabó separándose de su mujer, a la que le dejó tres o cuatro hijos). Allí ocurría todo tipo de dramas amorosos (podían entrar mujeres, nuestras amigas), amores hétero y homo (yo no participé en los últimos, porque en eso me parezco al desordenado y feo Sartre: tengo una predilección absolutamente exclusiva por las mujeres, por la estética femenina). Allí se formó, o ese café fue importante lugar de formación de un amigo muy querido por Ramiro, Zuleta y yo, y toda la barra: Mario Vélez Restrepo, un antioqueño huérfano desde la primera infancia, que asistió al colegio hasta el segundo o tercer año de primaria, pero que tenía un humor extraordinario, una chispa extraordinaria, y un saber de diletante universal. Así como Mario Vélez podía contarte, completa, la Segunda Guerra Mundial, conocía todos los intrínquilis de la política nacional, conocía centenares de libros, conocía el freudismo, todo ello aprendido en las conversaciones de café (el Lutecia, repito, fue importantísimo en su formación), libros allí mencionados habían sido muchos de ellos leídos por él. Mejor dicho, un genio innato, sin ninguna educación formal, de una labia para contar historias verdaderamente descrestadoras, hilarantes, divertidísimas. Lo traigo ahora a cuento porque en el texto que me envías se cita varias veces el tango “Cafetín de Buenos Aires”, que era tal vez el que más le gustaba a Mario Vélez, porque se le aplicaba a él perfectamente. Y su verso preferido era un condensado de su historia mental e intelectual. Ese verso (bello) dice, a propósito de la vida de café: “En tu mezcla milagrosa / de sabiondos y suicidas / yo aprendí filosofía, dados, timba, / y la poesía cruel / de no pensar más en mí”.

Bueno, te podría escribir trescientas páginas sobre todas las cosas que se me ocurren a propósito del café en Medellín y Bogotá, cosas que, repito, me hacen sonar como una completa idiotez, disculpable tal vez por la completa ignorancia del autor, el texto que me citas. (No hablo más porque es demasiado largo lo que podría decir.)

Pero este texto se lo envío POR SI NUESTRO QUERIDO AMIGO RAMIRO MONTOYA tiene la bendita ocurrencia de agregar algo (otras cosas, otros personajes, otras características, otras anécdotas) sobre la vida de NUESTROS cafés, que refute por completo al desgraciado

Spitaletta. Tal vez Ramiro tenga la bendita idea de asumir más a fondo esa refutación. Y repito lo que dice Socorro: que todos los males de mi vida, que todos mis bloqueos intelectuales, que todas mis depresiones, que todas las neurosis respecto a la vida conyugal, etcétera, etcétera, obedecen a que yo soy por esencia un hombre de café, que perdió el contacto con esa fuente. (Mi vida de café empezó antes de los cafés de intelectuales, o sea en cafés barriobajeros, donde llegué a ser un billarista con tacadas de 150, y en los juegos de billar pool llegó un momento en que no me dejaban participar porque estaba fuera de concurso.) Escrito desordenadamente, de un tirón, siguiendo libremente, caóticamente, cualquier tema que se me haya ocurrido, así que no busques en mi mensaje corrección estilística, ni clara conexión entre los temas, nada que sea criticable. En otras palabras, este mi texto está por encima de cualquier crítica. (Jaramillo y Montoya, comunicación personal, 25 de octubre de 2011)

ESCENAS DE LA VIDA CONSULAR EN HOUSTON

I

Lo que los particulares
rubrican y autorizan
los notarios de Texas legalizan
y el secretario de Estado certifica
yo lo consularizo.
De ahí que con angustia me pregunte:
¿y a mí quién me autentica?

II

Hoy llamaron al Consulado a preguntarme
cuáles eran los requisitos
para repatriar un cadáver a Colombia.
Pensé por un momento
que estaban aludiendo a mi regreso.

III

Cada viernes en el Consulado
se reedita la expulsión del Paraíso.
Son los ilegales
traídos por Inmigración en cumplimiento
de los trámites de deportación.

IV

Un jubilado

vino a fines de año a recabar

sendas constancias de supervivencia

por noviembre y diciembre.

Certifiqué el mes último

y me negué a responder por el pasado.

(Comunicación personal, 28 de noviembre de 2020)

REFERENCIAS

- Hernández, O. (2001). *Después del viento*. Edición del autor.
Hernández, O. (2015). *De vida, ángeles y ozono*. Sílabas.
Montoya, R. (2007). Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación. *Al Margen*, (23), 6-52.

BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- Arrubla, M. (1967) *La infancia legendaria de Ramiro Cruz*. Tercer Mundo.
Barea, A. (1941). *La forja de un rebelde*. Sudamericana.
Cela, C. J. (1968). *Diccionario secreto* (2 ts.). Alfaguara.
Cela, C. J. (1988) *Diccionario del erotismo*. Grijalbo.
Gheorghiu, V. (1955) *La hora veinticinco*. Luis de Caralt.
González, F. (1929). *Viaje a pie*. Le Livre Libre.
Hernández, O. (1950). *Poemas del hombre*. Medellín.
Hernández, O. (1955). *Mientras los leños arden*. Bedout.
Hernández, O. (1964). *Habitantes del aire*. Alborada.
Hernández, O. (1965). *Al final de la calle*. Bedout.
Hernández, O. (1966). *Poemas de la casa*. Medellín.
Hernández, O. (1966). *Versos para una viajera*. Medellín.
Hernández, O. (1978). *Del amor y otros desastres*. Medellín.
Hernández, O. (2009). *Cristina se baja del columpio*. Editorial Lealon.
Hernández, O. (2010). *Las contadas palabras*. Universidad Externado de Colombia. [Primera edición 1962].
Hernández, O. (2015). *Fondo de hormigas*. Sílabas.
Hernández, O. (2016). Poemas en clave de vos. *Casa sin puertas*. Letra a Letra.
Hernández, O. (2017). *Hoy besarás y habrá buen tiempo*. Medellín.
Hernández, O. (2018). *El día domingo y Poemas en paz*. Medellín.
Hernández, O. (2019). *Experto en muros blancos*. Medellín.
Huxley, A. (2016). *Contrapunto*. Edhasa.
Malaparte, C. (1949). *La piel*. Ignacio Viloria.
Montoya, R. (2004). *Madrileño urgente para colombianos*. Vision Net.
Montoya, R. (2005). El parlache, jerga de marginados. *Al Margen* (13), 38-64.
Montoya, R. (2006). *Diccionario comentado del español actual en Colombia*. Vision Net.
Montoya, R. (2006). Diccionario erótico colombiano. *Al Margen* (18), 74-91.
Montoya, R. (2006). *El parlache, jerga de marginados*. Vision Net.
Montoya, R. (2006). El sustrato zoológico y botánico en el habla de los colombianos y su apéndice, El tratado de la vaina. *Al Margen* (17), 82-95.
Montoya, R. (2008). *A este lado del mundo. Recuentos y relatos*. Universidad de Antioquia.
Montoya, R. (2014). *La sangre del sol. Crónicas del oro y la plata que España sacó de América*. Visión Libros.
Montoya, R. (2015). *Crónicas del oro y la plata americanos*. Vision Libros.
Montoya, R. (2017). Encuentro con Óscar Hernández, en la cercanía y la distancia http://www.archivosmarioarrubla.com/uploads/7/0/2/7/027834homenaje-a-oscar_hernandez.pdf
Montoya, R. (2018). *El galeón San José y sus cuatro dueños*. Visión Net.

- Montoya, R. (2019). *Un tren contra el olvido y demás relatos*. Uniediciones.
- Montoya, R. (2020) *El liberto Angola compra una esclava y otras tratas en el país del oro*. Uniediciones.
- Moravia, A. (2005). *La romana*. De Bolsillo.
- Penagos Jaramillo, D. (2020). *Semblanza de Ediciones Tercer Mundo/Tercer Mundo Editores (Bogotá, 1961-2001)*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. Disponible en <https://www.cervantesvirtual.com/obra/ediciones-tercer-mundotercer-mundo-editores-bogota-1961-2001-semblanza-997619/>
- Sartre, J. P. (2016). *El muro*. Losada.
- Sartre, J. P. (2016). *La edad de la razón*. Losada.
- Spitaletta, R. (10 de octubre de 2011). De cantinas y cafés. *El Espectador*. Disponible en línea <https://www.elespectador.com/opinion/columnistas/reinaldo-spitaletta/de-cantinas-y-cafes-column-304737/>